

Contenido

Editorial. Soplan nuevos vientos	II
<i>Deslinde</i>	
El golpe de Estado en Honduras: un ejemplo de resistencia popular	4
<i>Enrique Daza Gamba</i>	
La política exterior de Brasil en el período Lula	22
<i>Adhemar Mineiro</i>	
El debate sobre el sistema de salud estadounidense	32
<i>Ana Malinow</i>	
Las virtudes de la globalización: ¿Ha llegado finalmente la hora de revertir y acabar la globalización?	44
<i>Walden Bello</i>	
¿Qué palabra camina la Minga?	50
<i>Manuel Rozental</i>	
Una política económica para el empleo, la producción y la distribución del ingreso	60
<i>Coordinación de Miguel E. Cárdenas y Aurelio Suárez</i>	
El significado de la crisis y la experiencia del seminario Marx Vive	68
<i>Jairo Estrada Álvarez</i>	
Salvajina: la entrega de los recursos naturales a la española Unión Fenosa	80
<i>Alonso Osorio y Demetrio Galíndez</i>	
Oposición en el Congreso	86
<i>Gabriel Fonnegra</i>	
La vigencia del pensamiento de Francisco Mosquera	94
<i>Felipe Escobar y Juan Pablo Arango</i>	
La revolución galileana: De la especulación teórica a la confirmación experimental	102
<i>Guillermo Guevara Pardo</i>	
13. Artes & Letras	119
<i>Santiago Mutis y colaboradores</i>	

Editorial

Soplan nuevos vientos

*E*n 1998 el gobierno de Estados Unidos tenía a todos los gobiernos de América, con excepción de Cuba, negociando un tratado de libre comercio, el ALCA, con el compromiso de que éste se firmaría hacia 2002. En 2004 esta iniciativa ya había fracasado y quien hubiera pensado que, apenas 11 años después, la mayoría de los gobiernos de la región y todos los de América del Sur condenarían la presencia militar de tropas estadounidenses en Colombia a través de siete bases militares. Algo pasó en este breve período. Efectivamente, desde 1999 con la llegada de Hugo Chávez al gobierno en Venezuela, hasta 2008 con la del obispo Fernando Lugo al de Paraguay, muchos países de la región han venido tomando distancia de Washington por medio de una variopinta serie de gobiernos que —a pesar de sus particularidades— coinciden en tener una mayor sensibilidad social, hacer un cuestionamiento de diferente profundidad sobre las políticas neoliberales, promover una política exterior autónoma y plantear una vocación hacia la promoción de mecanismos de integración regional.

La diversidad es grande: Chávez lidera la propuesta del ALBA y trata de reorientar la próspera economía venezolana basada en las exportaciones de petróleo hacia la búsqueda de una industrialización y autosuficiencia alimentaria, en un país en el cual las capas medias tienen enorme peso y la oligarquía tradicional, en medio de su incapacidad política, mantiene una inmensa fuerza política y la dinámica del cambio depende enormemente de la férrea voluntad de Chávez y de su activismo nacional e internacional. En Ecuador, Correa pasó de expresar la inconformidad de las capas medias con la política tradicional, a proponer en lo nacional e internacional la creación de una nueva arquitectura económica, renegociando la deuda externa e ignorando una parte. Este sólido economista, que antes de ser presidente había escrito agudas obras contra las políticas neoliberales, mantiene una difícil relación con sectores indígenas que podrían dar mayor capacidad a su gobierno. En Bolivia, Evo Morales, tal vez el gobernante que llegó como producto de un proceso de resistencia social más sólido, enfrenta el reto de llevar la vocería del movimiento indígena del continente, articular la compleja red de movimientos sociales de su patria e impedir la conspiración permanente de una derecha aristocrática y racista que todavía no acepta la presencia de un indígena en la jefatura del Estado. En Brasil, el obrero metalúrgico Luis Ignacio Lula, ha intentado —en asociación con la oligarquía paulista, pero con fuerte apoyo popular— fortalecer su mercado interno, diversificar las relaciones internacionales, romper su dependencia de las entidades multilaterales de crédito y proyectar a Brasil como potencia de mediano alcance no sólo en Latinoamérica sino en el mundo. En Uruguay, el Frente Amplio, después de promover la derrota de varias políticas privatizadoras, ha gobernado sin profundizar el desmantelamiento del Estado y guiado por el médico Tabaré Vázquez. En Argentina los Kirchner, de origen peronista y sin mayores entronques con el movimiento popular, han revertido algunas de las privatizaciones más odiosas, han desafiado a la poderosa industria agroexportadora de soya y adelantan una compleja política de beneficiar sectores sociales sin romper sus lazos con la clase política tradicional. En Paraguay el recién posesionado obispo Lugo, al tiempo que mantiene su enorme sensibilidad social y se une a las corrientes que en América Latina buscan un desarrollo autónomo, tiene que observar atónito como la poderosa oligarquía local

—que controla las autoridades regionales— persigue y criminaliza al movimiento campesino.

Mientras que esos procesos se desenvolvían con fuerte participación de los movimientos sociales, ¿en qué andaba Colombia?

Desde los noventa, la concentración de la tierra y la búsqueda del control político regional se realizó a sangre y fuego, aprovechando el enfrentamiento con la actividad terrorista de las guerrillas y en medio de un fuego cruzado que traumatizó la vida social y la mentalidad de grandes sectores ciudadanos, los cuales, como una cierta forma de exorcizar estos escalofriantes episodios, terminaron apoyando a Uribe Vélez con la ilusión de que cualquier sacrificio se podría hacer para restaurar la paz.

Al final de 7 años de gobierno de Uribe, todo el mundo, inclusive reputados uribistas, reconocen que se hicieron numerosísimos sacrificios, hasta el punto que se despilfarró el patrimonio estatal, se agudizó la pobreza, el desempleo se disparó, se perdió la soberanía alimentaria, campean la impunidad, la criminalidad y la corrupción, y no llegó la paz.

Visto en un sentido global, el gobierno de Uribe ha aplicado una política que va en contravía de las tendencias predominantes en la región. Durante años se obstinó en ser el vocero de los intereses estadounidenses en Suramérica y con la instalación de siete bases militares de esa potencia en Colombia y el envío de soldados a Afganistán, finalmente su triste suerte es ser llamado el Caín de América.

La crisis económica mundial, el desprestigio de las políticas neoliberales, la parálisis de los tratados de libre comercio y el resurgimiento del intervencionismo de los Estados y de las políticas proteccionistas, exigen un cambio de rumbo para el cual muchos países de América Latina ya se encontraban preparados. Uribe —por el contrario— se obstina en las viejas ideas. Es como un zombie que quiere actuar en el reino de los vivos, que no es propiamente el esclerótico mundo del fundamentalismo de mercado, de la solución militar a todas las contradicciones, de la arbitrariedad en el manejo de los recursos del Estado. Lo que se impone a nivel mundial no es la venta sino la recuperación del patrimonio público, no es la agroexportación sino el fomento a la economía campesina, no es el estímulo a la especulación financiera sino el poner límites a los bancos. Reelegir a Uribe o a uno de sus secuaces significará revivir episodios como las innumerables chuzadas y los crímenes cometidos desde el DAS y las fuerzas militares, hasta el saqueo a través de episodios como el de Agro Ingreso Seguro, en el cual el discípulo amado de Uribe festina con fines electorales los dineros públicos.

El contraste entre lo que pasa en Colombia y en América Latina es notorio y refleja lo que está en juego en el debate electoral que se encuentra en curso. No se trata solamente de intentar sacar del poder político a una camarilla que se agrupa en torno a un líder —quien más que carisma, tiene un control del presupuesto, de los medios y de los miedos.

Lo que se requiere es un esfuerzo por recuperar la dignidad de la patria, recuperando la soberanía tan ultrajada durante el gobierno de Uribe, una reivindicación de las necesidades del pueblo, un desmonte del proceso de eliminación de la capacidad del Estado para promover el desarrollo económico, la concreción de la paz con castigo de todos los delincuentes y reparación de las víctimas de todas las violencias, y el acercamiento y fortalecimiento de procesos de integración regional como la CAN y Mercosur.

El PDA tuvo elecciones internas y ganó Gustavo Petro, con una pequeña pero significativa ventaja. Como no estaba en juego el rumbo programático del Polo sino el nombre de quién lideraría la campaña, lo que apoyamos a Carlos Gaviria debemos honrar la palabra y participar con fervor en la construcción y fortalecimiento de una alternativa de izquierda que tenga perfil y que logre, después de la primera vuelta electoral, liderar la contienda con el candidato del uribismo. Al mismo tiempo, es menester hacer la más amplia coalición en contra del referendo reeleccionista. **D**